**Domingo IV del Tiempo Ordinario**

**Dios está tan cerca de nosotros que cuesta trabajo verle…**

**Algunos, incluso estarían dispuestos/as a apartarlo de sus vidas. ¡Si pudieran…!**

**Textos**: **Jeremías** 1,4-5.17-19; **Salmo** 70; **1Corintios** 12,31-13,13; **Lucas**, 4,21-30

* El profeta Jeremías se siente muy poca cosa para ser objeto de la atención de Dios, y menos aún para llevar a cabo la misión que le encomienda. Se trata de una manera muy común de vivir con la autoestima por los suelos... Pero la mirada de Dios es mucho más profunda y conoce nuestro corazón, nos conoce por dentro. Ante él no nos vale ninguna excusa. A Dios no le valen nuestras dudas, ni nuestros miedos, ni nuestras cobardías*… “Él sabe que somos de barro”*. Pero, ¿sabemos nosotros/as que también somos espíritu, y que ese espíritu es mucho más fuerte de lo que podemos siquiera imaginar? El mensaje que hoy escuchamos puede ayudarnos a entender esta paradoja existencial: *debilidad y fuerza* conjugándose en nuestro ser. Muchas cosas pueden hacernos daño de verdad, cosas que no entendemos, que nos sobrepasan; sin embargo, a quienes creemos la fe supera con creces la duda, porque sabemos que es Dios mismo el que nos fortalece: *“No les tengas miedo… Yo estoy contigo para liberarte”.* Todo puede fallar, ¡la Palabra de Dios nunca fallará!
* La fe es firmeza, confianza puesta en Dios: “nuestra Salvación”. Nuestro canto de agradecimiento es para el único Señor de nuestras vidas. El único *Señorío* que salva y libera.
* Las primeras comunidades cristianas conocen la tragedia de las rupturas, la violencia cotidiana, el enfrentamiento con el ambiente que les rodea, y, reconocen que están llamadas a vivir de manera diferente: siendo testigos de otro estilo de vida, de otros proyectos sociales, de otras relaciones humanas, estando cada uno de sus miembros arraigados en algo que el mundo no entiende: *la caridad*. No es fácil vivir *en* y *desde* la caridad. Para poder hacerlo hemos de conocer primero el don del amor y del perdón de Dios, y sentir que nos habita su mismo Espíritu. Los carismas del Espíritu nos hace *diferentes* y a la vez nos hace ser *comunión*. Nos hacen vivir las claves de la misericordia siendo personas pacientes, afables, comprensivas, generosas… ¡Siempre! La caridad nos hace madurar en lo humano y crecer en lo divino. Se acabó el egoísmo infantiloide, ahora, centradas/os en Jesucristo, somos personas adultas en el amor.
* El texto evangélico es prolongación de la narración del domingo anterior. También nuestra comunidad creyente escucha las palabras de Jesús con asombro, y también entre nosotros/as de produce la gran contradicción: por una parte reconocemos que son palabras de vida y nos sentimos felices de escucharlas, porque nos reconocemos entre aquellos que se beneficiarán de la acción divina: conoceremos la libertad, la sanación, el perdón… Pero, por otra parte, esas palabras nos llenan de confusión, nos descolocan, porque nos sacan de nuestra rutina y acomodo. Y además, ¿quién es ese que se hace portador de la salvación que esperamos y ansiamos recibir? Un hombre, un hijo de vecino, uno como nosotros… ¿Cómo puede el hombre salvar al hombre? No puede. Sólo puede hacerlo aquél que conoce nuestra condición y la ama, porque es suya. Y conoce a Dios porque viene de Dios. ¿Qué vamos a hacer, apartarlo de nuestra vida o seguirle y hacer *lo que él nos diga*…? Es nuestra opción.

***Trinidad León, mc***